DE LA SOLTERÍA

Reflexiones libres sobre la vida célibe

Javier García Gibert

DE LA SOLTERÍA

Reflexiones libres sobre la vida célibe

BIBLIOTECA NUEVA

grupo editorial
siglo veintiuno

siglo xxi editores, s. a. de c. v.
CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, **MÉXICO**, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, s. a.
GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, **BUENOS AIRES**, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

editorial anthropos / nariño, s. l.
LEPANT, 241,
08013, **BARCELONA**, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

García Gibert, J.
De la soltería: reflexiones libre sobre la vida célibe. Madrid : Biblioteca Nueva, 2014.
320 p. ; 23 cm
ISBN 978-84-16095-39-1
1. Sociología 2. Relaciones sociales 3. Familia
392 JHBK
316 VFVG

Cubierta: Disegraf S. A.

© Javier García Gibert, 2014
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2014
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-16095-39-1
Depósito Legal: M-5.524-2014

Impreso en Lável Industria Gráfica S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

Prólogo (muy personal) 9

I
Historia y leyendas de soltería

Capítulo 1.—El estigma de la soltería 19
Un poco de historia antigua 22
Otro poco de historia moderna 32
La siniestra «sombra» de la soltería 37
En la fábrica de los sueños (y las pesadillas) 47

Capítulo 2.—Mitos hispánicos celibatarios 57
La Celestina 58
Don Quijote 67
Don Juan 75

Capítulo 3.—La «edad de oro» de la soltería 87
Algunos estímulos (persuasivos) para la soltería decimonónica 91
La edad dorada de la soltería española 100
Menéndez Pelayo, «soltero de libro» 108

II
La decisión de ser soltero

Capítulo 4.—La elección de estado 119
Un viejo dilema 121
Un dilema eminentemente masculino 123

Los terrores del «salto» 130
El espectro del calzonazos 132

Capítulo 5.—Las razones del soltero 137
¿Por qué no te casas? 138
El egoísmo (o la independencia) 146
El amor a la soledad 151
La renuncia a la procreación 161

Capítulo 6.—La soltería problemática: tres ejemplos 171
Amiel, o la coartada del ideal 174
Kierkegaard, o la sublimación filosófica 185
Kafka o el terror al compromiso libremente adquirido .. 198

III
Variaciones y figuras

Capítulo 7.—El soltero y las mujeres 217
Las mujeres como ninfas 219
Breve interludio teórico sobre hombres y mujeres 224
El amor como coartada 234
Navegando en el ciclón del alma femenina 239

Capítulo 8.—Sexo y soltería 245
Marchando una de tópicos 246
Los dos «grupos» (confesión de parte) 250
Sobre la índole de los placeres 252
Libertad soltera y «vicio solitario» 258

Capítulo 9.—*Caelibatus intellectualis* 267
Unas necesarias puntualizaciones 268
El largo debate sobre el «matrimonio del sabio» 273
El soltero como «clérigo» 287
Lo insondable del asunto: *La lección del maestro* 291

Capítulo 10.—El soltero y su biblioteca (un excurso, ya anacrónico) 297
Libros, mujeres y literatura 298
Ser poseedor de una biblioteca 303
Goces bibliómanos del soltero 311

Prólogo (muy personal)

Como un somero vistazo al índice atestigua, este libro trata, según reza el título, «de la soltería». Aunque la soltería, además de un *tema*, será aquí, también, un *punto de vista*. Es decir, el libro constituye asimismo una cierta reflexión sobre la existencia (sobre algunos aspectos de la existencia) desde la perspectiva del soltero, cuya condición supone, a mi modo de ver, una perfecta atalaya existencial de la vida humana. Los días y las noches del soltero son más largos: la mujer y los hijos no acortan el tiempo de sus soliloquios ni empañan el cristal donde se refleja su imagen y se transparenta sin velos su vida interior. La sincera expresión de esta mirada soltera hacia el exterior, que arrastra consigo una inevitable y no menos sincera mirada hacia adentro, es una parte, ciertamente, de este libro. Una vez dicho esto, añadamos de inmediato lo que el libro no es, lo que el libro no tiene. Aunque haya, desde luego, bosquejos históricos y abundantes referencias de carácter cultural, así como elementos apelativos y emocionales, el libro carece de pretensión científica y de intención pragmática. Es decir, no es un estudio histórico o sociológico de la soltería (con sus cifras, sus datos y sus estadísticas), y aún dista mucho más de ser un manual terapéutico de consoladora ayuda o una militante soflama de tonificación prosélita para los solteros. En fin, si esto sucediera no iba yo a rasgarme las vestiduras, pero no se trata aquí de convencer a nadie, aunque algo sí, tal vez, de mostrarse cómplice con los convencidos y de ilustrar a la legión de legos en soltería que hay otras formas legítimas de vivir la vida además de casarse.

Por lo demás, el tema de este libro, aunque pueda parecerlo, no está de moda. Tampoco lo está, aunque también lo parezca, la propia realidad de la soltería. Algunos dicen que la minoría solteril parece haber aumentado en los últimos tiempos, pero eso no es tan cierto como pueda imaginarse. La erosión de la familia tradicional origina en Occidente una falsa impresión de abundancia de solteros (familias monoparentales, uniones libres, homosexuales, parejas de hecho…), pero eso no significa que haya un mayor número de solteros *auténticos*. No cabe contar dentro de ese capítulo a la masa ingente de solteros espurios —divorciados, separados, viudos, hombres y mujeres que viven con sus padres, etc.—, muchos de los cuales perciben su soltería como una especie de sala de espera del matrimonio. Estas personas eventualmente desparejadas son las que abundan —más que los solteros— y las que han despertado un interés (bastante engañoso) en la sociedad de nuestros días: a esas personas es a las que se dirige el universo mediático en múltiples foros y páginas de encuentro (cuya función es, en último término, que dejen de ser solteros), así como el mundo económico de la producción de bienes y servicios, que ha decidido tomarlos en cuenta para *sacarles las perras:* reducciones de precio en las habitaciones de los hoteles, porciones individuales en los platos congelados, pizzas para uno, botellas de vino de 3/8, minúsculos estudios o apartamentos unipersonales…).

Conviene aclarar, llegados a este punto, qué es lo que consideramos un *soltero auténtico*. Aunque en ocasiones, inevitablemente, habremos de ser laxos en los requisitos, consideramos «solteros» en este libro a quienes viven solos, no han formalizado nunca su relación con ninguna pareja y no tienen hijos. Y a quienes están, por añadidura, de modo voluntario y con intención de permanencia en dicha situación. Hablaremos, en resumidas cuentas, de la soltería *per electio* y no *per accidens.* Claro está que dicha distinción presenta aspectos resbaladizos, pues nunca sabremos con absoluta certeza la vocación real de un soltero. Podemos apostar, por poner un ejemplo, por el celibato vocacional de Baruch de Spinoza, habida cuenta del carácter independiente de este filósofo, de su marginalidad voluntaria y de sus reiteradas renuncias

a todo lo que fueron vínculos sociales (herencias familiares, pensiones estatales, docencia en la Universidad, etc.). Pero ¿apostaríamos en el mismo sentido (es un suponer) por la vocación soltera de su contemporáno Cyrano de Bergerac? Edmond Rostand al menos pareció no hacerlo en su gran obra dramática sobre el personaje, e imaginó que el libertino francés hubiera dado la vida por casarse con una supuesta e imaginada Roxana… En fin, ¿quién puede desvelar los entresijos ocultos del corazón humano? Pero, dejando al margen estas salvedades, los requisitos para la soltería de que aquí trataremos son en principio los arriba mencionados, con una única puntualización más: solo nos referiremos, por lo general, a la soltería de los varones, aunque estoy convencido de que las mujeres solteras podrían comulgar sin mayor problema con el ochenta por ciento de lo que aquí se diga. Quizá convenga aclarar brevemente esta discriminación.

Creo que los hombres y las mujeres no somos iguales (algún epígrafe del libro tratará sobre esto): juzgamos las cosas del mundo bajo distintos puntos de vista y vivimos las mismas experiencias de modo diferente. También, obviamente, la soltería. No me creo, pues, con derecho a hablar sobre ella desde la perspectiva femenina. Por lo demás, siempre he asumido lealmente mi propia condición, así como los rasgos históricos y culturales que me configuran. Desconfío de los hombres que hablan desde las mujeres, de los heterosexuales que vocean los deseos de los homosexuales, de los adultos que se erigen en representantes de los jóvenes, de los cristianos que toman partido por los musulmanes o de los españoles que asumen las posturas de los antiespañoles… Me parecen posturas psicológicamente perversas, moralmente oportunistas y filosóficamente inoperantes. Una cosa es la necesaria empatía, *ponerse en el lugar* del otro y tratar de entender su punto de vista —algo que debería hacer, por cierto, cualquier persona inteligente— y otra muy distinta es travestirse del otro y *ocupar su lugar*. Recelo de los que hablan en representación de terceros y se apropian de los deseos y necesidades ajenas. Cada uno debería hablar desde su ámbito propio, solo así puede establecerse una sana dialéctica con el otro: asumiendo que el otro es otro y que yo soy yo.

Digo todo esto con mayor razón porque este libro es un ensayo muy subjetivo, muy personal. Aunque haya momentos a lo largo del mismo en el que el «yo» parezca esconderse —y, de hecho, se esconda— para que prevalezca el examinador analítico y objetivo de procesos históricos, trayectorias biográficas o fenómenos literarios, quien esto escribe acaba siempre por aparecer (y en intensidad creciente, a medida que el libro avanza). ¿Y qué decir del argumentario que se despliega? Muchas de las razones que en el ensayo se esgrimen sobre la soltería no son argumentables lógicamente, sino de modo vivencial, experiencial. La propia vocación de soltero nunca es el resultado de una ecuación racional, sino de anhelos que corren por las venas, al modo de sustancias espirituales fabricadas por las vísceras. El anhelo, sin ir más lejos, de la libertad. Recuerdo la plenitud inenarrable de un largo verano pasado en París, completamente solo a los 17 años. No había pulmones para tanta dicha. Intuí entonces que eso sería una droga que iba a necesitar siempre. Pero hay, en cambio, anhelos y necesidades que nunca he percibido a lo largo de mi vida. Nunca he tenido nostalgia del matrimonio. Podría haberla tenido, porque uno puede tener nostalgias de lo que no conoce. Ignoro —solo es un ejemplo— por qué me complace entrar en iglesias, en mezquitas, en templos budistas, aunque no soy creyente, aunque sienta que esos lugares están vacíos para mí. Trato de imaginarme las sensaciones de aquellos que al entrar los sienten llenos, los que se arrodillan, los que se prosternan, los que reverencian lo que hay allí y piensan que allí sigue estando cuando no están ellos. Tengo, en suma, una cierta envidia de los creyentes, una cierta nostalgia de su experiencia. Nada de eso me ocurre ni me ha ocurrido nunca con las supuestas excelencias de la vida conyugal, con la sensación poderosa del *pater familias*, con la proverbial emoción que proporcionan los hijos.

Y para confesarlo todo, a nivel personal. No me cabe duda de que el tono de este libro habría sido distinto si lo hubiera escrito a los 30 o 40 años. Lo que sin duda ha perdido en fuerza y vivacidad tal vez lo ha ganado en hondura y melancolía. ¡Cómo va cambiando en nosotros la percepción de la vida!

A los 25 años escribía yo en mi Diario: «Cada día se parece menos al que sueñas, pero más a su víspera». El ansiado día no llegó, pero sí el momento de exclamar lánguidamente al cabo del tiempo: «¡Así que era *esto* la vida!» Lejos del mundo imaginado de perfiles luminosos, de fantásticos triunfos, de sonoras derrotas, de impolutos avatares donde nada es óbice para nada… ¡Quién iba a sospechar la desoladora inconcreción de la existencia! La vida, es cierto, carece de límtes, pero no por ilimitada, sino por imprecisa, por inasequible a la compresión de todo molde, a la comprensión de toda verbalización tranquilizadora. Y no deja uno de sentir perplejidad por el curso amortiguado de las cosas, tan pedestre, tan común, y tan distinto sin embargo a lo imaginado. Y luego está el error en la perspectiva, que solo cura el tiempo. Al cumplimentar la tercera década de mi vida escribí un texto para repartir entre mis amigos, que titulé *La guerra de los treinta años,* con la pretensión de conjurar melancólicamente una supuesta pérdida de juventud. Había algo de verdad en ese texto, pero en gran medida era *literatura*. Ahora lo veo con claridad: ¡conjurar una pérdida! ¡Benditos treinta años de la perfecta juventud! En ese texto me proponía acostumbrarme a dejar de ser joven, a abandonar delicadamente la edad juvenil. ¡Qué ingenuidad! Uno descubre que es la juventud la que siempre termina abandonándolo a uno, y desde luego no lo hace delicadamente, aunque hay que decir que se toma su tiempo. A los 40 uno ya *sabe* que no es joven, pero aún *siente* que puede vivir una segunda o tercera juventud. Uno dice en voz alta que ya está mayor, pero lo dice con la boca pequeña… Pero los 50 resultan definitivos, demoledores.

En eso estamos. A los cincuenta uno *siente* —o *le hacen sentir:* las muchachas, fundamentalmente— que ya no es joven de ninguna manera: la carne se derrumba (aunque sea dignamente), la mente se ensombrece. Se hacen verdad estos versos prosaicos de Campoamor: «Las hijas de las madres que amé tanto / ahora me besan como se besa a un santo». Cuando una treintañera te llama «caballero» en la cola del supermercado estás perdido… He hablado antes de las perplejidades de la vida: la perplejidad de los 50 tiene que ver sobre todo con la constatación de los

propios años. No es que no se acepte la propia edad, no es que no se asuma, es que, por así decirlo, uno *no da crédito*. Pero es imposible poner paliativos a esta decadencia, la cual se percibe (acaso prematuramente) como la antesala de la vejez, ese territorio siniestro y hostil al que siempre se accede —como escuché alguna vez— careciendo de mapas. Me pregunto, por cierto, si la perplejidad de marras sigue y se mantiene hasta el final de la vida; es decir, si se puede ser un viejo de 80 años en permanente asombro por la octogenaridad. Recuerdo un terrible y soberbio poema de Vicente Aleixandre, «Rostro final», donde habla un anciano mirándose al espejo y contemplando con horror los estragos que en su físico ha provocado el tiempo…

Pero no adelantemos los acontecimientos. Estamos donde estamos, y desde donde estoy ahora he escrito este libro. En un estadio del camino, pero sabiendo ya quién soy y poco más o menos de qué va todo esto, y habiendo publicado —déjenme decirlo— unos cuantos libros sobre asuntos humanísticos y literarios, que me han proporcionado, si no —desde luego— las mieles del triunfo, sí una profunda satisfacción personal. Aunque no tan claramente como en este último, no dejaba de haber en aquellos libros —concebidos siempre como ensayos, no como productos «académicos»— una indisimulada carga subjetiva, y no es difícil percibir una cierta co-implicación entre aquellos libros y el libro presente: la perspectiva y los intereses de los libros anteriores han coloreado la sustancia de este, y el asunto de este —la soltería— me ha facilitado una tesitura existencial inmejorable para la ejecución de aquellos. No sé si con esto se ha cerrado el ciclo, o si existe algo que vendrá después. «La vida es corta», suele decirse. Yo me pregunto: ¿corta, respecto a qué? Afirmaba Séneca que la vida de cada uno debería durar hasta que se alcanzara la sabiduría, y uno de los elementos de la sabiduría es la comprensión de la fugacidad y la aceptación de la muerte. ¡Quién sabe las cosas que uno habrá de hacer hasta llegar a eso —y ojalá se llegue a eso—, que es lo realmente importante!

Mientras tanto, y sobre todo, hay que ser sincero con uno mismo y decir en voz alta lo que se piensa. A este designio res-

ponde el subtítulo del libro «Reflexiones libres…». No soy, desde luego, de aquellos *ignavi* que Dante condenó (en su canto III) a la antesala del Infierno porque no cogen el toro por los cuernos, porque no toman partido —equivocado o no— en las cosas de la vida. Fruto de esta implicación, acaso tenga el libro en algunos momentos un carácter franco y reivindicativo, pero espero que ese punto no tenga la apariencia de agresividad para nadie, aunque sé que eso es difícil si uno habla, como es mi caso, sin cortapisas. Como se supondrá, no ignoro las frases que tenía que haber dicho o que podía haber omitido para ajustarme a lo *políticamente correcto*. Si no lo he hecho no ha sido por afán de provocación —que a estas alturas no tengo ninguno— sino por defender mi libertad de juicio. En otro orden de cosas, el libro no debería pontificar a nadie, ya que solo hablo por mí y desde mí. Si, por ejemplo, alguien fuera tan ingenuo de requerirme consejo en lo que a la opción del casorio o el celibato se refiere, a lo más que podría atreverme es a dar avisos tan previsibles como ese que el ínclito don Juan Manuel resumía en una de las apretadas sentencias que aparecen al final de *El conde Lucanor:* «Más valdría seer omne soltero, que casar con mujer porfiosa». Claro. Pero, en sentido general, creo que sin dificultad podría suscribir lo que Henry James le escribió a su hermano William, el filósofo, en una carta de 1878 en la que le felicitaba por su boda reciente: «creo tanto en el matrimonio para la mayoría de la gente como lo considero inadecuado para mí mismo». Esa sería en el fondo mi postura, y creo que la gente —en este terreno, como en muchos otros— encuentra al final lo que verdaderamente quiere, lo que verdaderamente busca (aunque esto que quiere o busca constituya a la postre, como a menudo sucede, su completa ruina).

Por lo demás, y para terminar, creo que el índice del libro es suficientemente esclarecedor de los temas que en él se tratan. Hay una primera parte —«Historia y leyendas de soltería»— de carácter histórico y cultural (modalizada e interpretada, claro está, por quien esto escribe) sobre acontecimientos, mitos y personajes que ilustran las luces y las sombras de la soltería, con el general trasfondo de los seculares prejuicios expresados contra

ella, concebida siempre como si fuera algún crimen de lesa responsabilidad social. Una segunda parte, más argumentativa —«La decisión de ser soltero»—, desde la perspectiva del célibe (y, en último término, desde la mía propia), en torno a los dilemas y las razones de la soltería, que concluye en el examen de tres solteros muy conocidos en la cultura occidental, cuyos celibatos resultan, como veremos, en extremo ejemplares y reveladores, precisamente por su carácter *problemático*. Y una tercera y última parte —«Variaciones y figuras»— en la que, tomando como patrón y guía los radios de mi interés y la lección de mi experiencia, se reflexiona sobre algunos visos, que yo considero iluminadores, de la vivencia de la soltería, relacionados con asuntos tales como la condición de las mujeres, la cuestión del sexo o la posible dedicación intelectual y/o bibliómana del hombre soltero. El contenido de esta última parte deja bien claro, creo, lo que al principio decíamos: que el libro en el fondo resulta ser un ejercicio específico de *mirada soltera* tanto como un ensayo de carácter general sobre la soltería.